

JORDI AMAT / LA COMPLEJIDAD DEL POLISISTEMA (*)

Por motivos muy complejos que aún no han sido desmenuzados con detalle, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se afianzó un proceso cultural cuyas repercusiones serían definitivas en muchas dimensiones de las formas de vida

en Cataluña: la acelerada reversión de una situación secularmente consolidada de diglosia literaria, descrita con definitiva rotundidad por el titán Joan-Lluís Marfany. Durante ese período la lengua hablada por la inmensa mayoría de los ciudadanos, que nunca había dejado de ser el catalán, pasó a ser también aquella con la que los creadores decidieron escribir su literatura (a pesar de que era una lengua gramaticalmente no fijada). «La lengua que durante más de medio siglo había servido solo para el desahogo de los impulsos de un lirismo más o menos dominical», dicho con otras palabras —las sabias palabras de Gabriel Ferrater en un artículo deslumbrante, «Madame se meurt», publicado en estas páginas en 1953—, «se convierte en la lengua de expresión de la cotidiana seriedad». Dicho proceso pudo consolidarse, entre otros motivos, porque avanzó acompasado a la creación y consolidación de un sistema literario que, a pequeña escala, se pretendía homologable a los sistemas literarios de culturas europeas estatales.

Fue en torno al catalán, pues, como se articuló el primer sistema literario de la modernidad en Cataluña. Y dicha institucionalización, cuyas consecuencias religan la cultura a la sociedad (y, por tanto, a la política y a la elaboración inacabada de la nación), tendría múltiples derivadas. Una de ellas la apunta el ensayista Andreu Navarra en el artículo que ha escrito para este monográfico: la participación de muchos escritores, en tanto que profesionales del sistema literario catalán, en tribunas periodísticas e intelectuales de la Edad de Plata. Pero fueron muchísimas más derivadas. Desde la reestructuración de un mercado interno —editoriales, críticos, traductores, publicaciones— hasta las fascinantes consecuencias inherentes a «la invención de la tradición». Desde la naturalización de una nueva normalidad también a través de políticas culturales impulsadas desde las nuevas instituciones de autogobierno regional (la primera, la fijación de una lengua por parte de una academia) hasta llegar el establecimiento de cuál era la literatura catalana y cuál no y en último término qué era y qué no cultura catalana —en 1919 el gran poeta Josep Carner sentenciaba «la nul·litat del castellà com a instrument de la nostra cultura»—. Desde la fijación de cuál debía ser la materia de estudio de la historia de la literatura nacional (una práctica de recuperación y al mismo tiempo de exclusión, como constata el periodista cultural Sergio Vila-Sanjuán en *Otra Cataluña*) a la delimitación de las condiciones de canonización.



La suma de todos esos aspectos constituyó un sistema literario integral, pero la filología catalana no ha logrado dotarse de una explicación completa sobre la construcción y desarrollo de dicho sistema. Esa Edad

de Plata no ha encontrado quien la escriba. Y sin ese libro no es fácil enmarcar tensiones, conflictos y desgarros. Y 1939. Ese año, lo explica aquí Olívia Gassol, marca el punto de inflexión en el desarrollo del proceso cultural en fase de consolidación desde hacía medio siglo. Ese año negro, como consecuencia de la victoria bélica del bloque contrarrevolucionario, el sistema literario que había conquistado la hegemonía en Cataluña fue programáticamente destruido.

Sobre sus ruinas, de entrada, se quiso levantar otro sistema que lo substituyese. Solo podía encajar con la cultura política autoritaria del nacionalcatolicismo y su lengua solo podía ser la castellana porque se trataba de acabar con una identidad nacional a través de la represión pura y dura y la violencia institucional. Pero una cosa resultaron ser los planes de la cultura de Estado (que reintrodujeron la diglosia por la vía de la represión) y otra, a medio plazo, los espacios de fecunda ambigüedad, como los del regionalismo franquista, que con el paso del tiempo se irían ensanchando más y más (pocos tan significativos como la revista *Destino* y su editorial, tal como fija Blanca Ripoll). Porque ese nuevo sistema oficial, a partir de un determinado momento, en parte se bifurcó posibilitando la consolidación de un subsistema en Cataluña, que usando el castellano impugnaba el modelo cultural de la dictadura al reengancharse de manera militante con la modernidad occidental. En el año 1966 —el año de *Arde el mar*, *Moralidades*, *Señas de identidad*, *Últimas tardes con Teresa*— ya se había producido su desenganche con respecto al poder franquista. Ese nuevo sistema, muy barcelonés, se caracterizó por apuntalar un discurso de oposición duro en términos morales, estéticos e ideológicos. Pero es que al mismo tiempo, tras haber sobrevivido durante varios lustros en condiciones como mínimo épicas, el sistema literario en catalán había entrado ya en una fase de indiscutible reconstrucción, integrando algunos diamantes del exilio como la narrativa de Mercè Rodoreda o a escritores valencianos y baleares como Joan Fuster o Baltasar Porcel.

La dama, como provocó Ferrater pensando la situación de la literatura catalana en ese mítico número de *Insula*, no había muerto. Pero algo sí había cambiado tal vez para siempre. Porque fue entonces, y solo entonces, en la década de los sesenta, cuando empezó a consolidarse la realidad compleja de la convivencia de los polisistemas en Cataluña o, si se prefiere y para tranquilizar a puros o sofistas, de las

Artículo de Gabriel Ferrater «Madame se meurt...» publicado en *Insula* en noviembre de 1953

(*) Este artículo y la coordinación del monográfico se enmarcan en el proyecto financiado «Regionalismo en Cataluña bajo el franquismo: discursos y prácticas» (HAR2017-87957-P), del grupo de investigación IdentiCat de la Universitat Oberta de Catalunya.

culturas en Cataluña. Y aquí seguimos. El cambio substancial es que hasta ese momento no había existido un sistema literario (cifrado en los términos de Itamar Even-Zohar) cuya lengua preferente fuese el castellano. Precisemos. Nunca había dejado de escribirse en castellano en Cataluña. Nunca Barcelona dejó de ser la capital editorial hispánica. Siempre hubo textos y siempre editores, pero sistema literario integral no. Y desde ese momento, que es el momento mítico de Seix Barral desplegado luego también por las cincuentenarias Tusquets y Anagrama, ya no ha dejado de existir un sistema local imbricado en el del conjunto de España.

¿Una anomalía? Para algunos la realidad del polisistema lo fue y debería revertirla el desarrollo de la democracia. Durante la Transición se celebró el Congreso de Cultura Catalana: una iniciativa emblemática del rupturismo unitario que fue hegemónico en la cultura política de la Cataluña de los 70. Además de una movilización popular continuada en favor de una catalanización intensiva, el CCC se estructuró en diversos ámbitos de trabajo integrado por especialistas cuya pretensión era hacer propuestas para todos los ámbitos de la vida colectiva. La suma de las conclusiones de esos ámbitos (de la sanidad al medio ambiente, de la organización territorial a la lengua y la educación) debía convertirse en un libro blanco sobre cómo debía institucionalizarse la democracia. En mayo de 1977 el ámbito de producción literaria dio a conocer su manifiesto: su letra y su espíritu eran los de un nacionalismo rupturista que se creía dominante. Aparte de apuntar las instituciones que debían apoyarse o debían ser creadas (la paradigmática, la Institució de les Lletres Catalanes que existió durante la guerra civil), en dicho manifiesto conclusivo se afirmaba que la consolidación de una literatura nacional y popular exigía, entre otras cosas, «l'eliminació del colonialisme

cultural». No había duda alguna de cuál era: el que en aquel momento, decían, seguían ejerciendo en el ámbito territorial que el CCC pretendía abarcar —los «Països Catalans»— las culturas francesas y españolas. Su eliminación, que se conseguiría implementando las medidas concretadas en sus conclusiones, permitiría que se lograra la plena «Normalització» —la palabra clave de la cultura en Cataluña durante treinta años—. Pero la normalidad, al fin, ha sido la de la coexistencia de dos sistemas literarios, uno en catalán y otro en castellano, que comparten espacio físico pero que son menos porosos de lo que podría parecer. Y esa, más que cualquier otra, es la anomalía.

El objetivo de este monográfico es reflexionar sobre estas cuestiones —cuestiones de nombre, cuestiones polémicas, cuestiones que evolucionan porque se desarrollan no en la teoría sino en el tiempo—. Reflexionar sobre ellas problematizando el canon clásico (aquí lo hace Dolors Marín), las etiquetas cargadas con la metralla de la inocencia o las disfunciones de la metodología que no ha sabido resolver ni la mejor filología de la democracia, como teoriza aquí Jordi Gracia. Reflexionar sobre las consecuencias derivadas de los proyectos democráticos de nacionalización, tal como evidencia Jaume Subirana (a propósito de las conmemoraciones) o Pau Luque (a propósito de los premios institucionales). Reflexionar, en fin, sobre tensiones y conflictos, es decir, pensar la realidad asumiendo el desafío de vivir en múltiples moradas. Aquellas donde creció Gonzalo Torné —novelista de Barcelona—, cuya meditada vivencia tal vez sea el ejemplo más rico de la densidad creativa que implica nacer, crecer y vivir en un auténtico polisistema literario.

J. A. —FILÓLOGO Y ESCRITOR

JOAN-LLUÍS MARFANY / LA «RENAIXENÇA», UN FALSO DESPEGUE

En esquema, la versión canónica de la historia de la literatura catalana no puede ser más sencilla: a un brillante período medieval sucedió un período multisecular de abandono casi total del catalán como vehículo literario, seguido a su vez, a partir de la cuarta década del Ochocientos, de un renacer que fue el inicio de un proceso gradual de recuperación hasta la asunción, en el siglo XX, de la plena «normalidad», según en teoría la definen las grandes «literaturas nacionales» de Europa y sus extensiones transoceánicas. Para aceptar esta interpretación, sin embargo —en sus propios más que discutibles términos, por supuesto— hay que cerrar los ojos a una insuperable discordancia con el trayecto seguido por la lengua catalana en ese mismo tiempo. En la visión consagrada la castellanización —correctamente, la diglosia— avanza gradualmente durante los siglos XVI y XVII hasta alcanzar su máxima extensión en el último tercio del XVIII. Subyace a esta idea la convicción de que lo que propulsa el proceso es la política activa del poder monárquico en su permanente confrontación con las instituciones «de la tierra». En buena lógica, pues, su culminación tiene que haber llegado con la derrota y abolición de esas instituciones por el absolutismo borbónico tras la Guerra de Sucesión. El razonamiento no es del todo falso, aunque los términos en que se plantea son groseramente anacrónicos, pero lo que sí está completamente equivocado

es la cronología. La sustitución prácticamente total del catalán por el castellano como lengua escrita no se da a finales del siglo XVIII, ni siquiera a principios del XIX, sino mediado este último. Sustitución por el español, habría que decir ahora, porque de eso precisamente se trata: el castellano se impone porque pasa a ser la «lengua nacional». La diglosia que, a partir de su insidiosa introducción en el círculo cortesano con el advenimiento de los Trastámaras, había ido progresando durante tres siglos sin pausa, pero también sin prisas dio en los años de la Guerra de Independencia un brusco acelerón que la iba a llevar a su punto máximo hacia los del Sexenio. El brusco cambio de *tempo* se debe a que lo que había sido el motor del proceso, la movilidad social ascendente, había cedido el paso a la ideología nacionalista: abandonar el catalán por el español pasaba a ser un deber de todo ciudadano; asegurar a todo ciudadano la posibilidad de cumplir con él, una responsabilidad política. Eso significa que el último acto en el proceso de conversión de la sociedad catalana en una sociedad paradigmáticamente diglósica no precedió al supuesto renacimiento del catalán como lengua literaria, sino que coincidió exactamente con él. Eso en sí no sería problema —al fin y al cabo, no es raro que en los cambios históricos las primeras señales aparezcan cuando aún está en su apogeo el viejo estado de cosas— si no fuera porque los agentes